

6 ENERO 2019

## Bellver, cárcel franquista de pitiusos

### Un libro recuerda cómo los ibicencos Vicent Marí Marí y Joan Ripoll Escandell pasaron por esa prisión durante la Guerra Civil

**Represión. 'Bellver, prisión franquista', un libro recién publicado por Aina Ferrero-Horrach y Tomeu Canyelles, recoge cómo era la vida en esa fortaleza pamesana cuando fue convertida en cárcel durante la Guerra Civil. Los autores han identificado a 750 presos, de los que al menos dos, Vicent Marí Marí y Joan Ripoll Escandell, eran ibicencos. El primero desapareció. El segundo murió a consecuencia de las palizas.**

**DIARIO DE IBIZA (JOSÉ MIGUEL L. ROMERO).**- Prisioneros hacinados, tres letrinas para todos los encarcelados, catarros incurables debido a las corrientes permanentes de aire, temperaturas extremas, insalubridad, escasez de alimentos, hambre, palizas, 'sacas', fusilamientos, humillaciones... Son algunas consecuencias de la conversión, desde el 23 de julio de 1936, del **castillo de Bellver (construido en el siglo XIV)** en cárcel improvisada de republicanos, socialistas, comunistas, anarquistas y masones, o simplemente de sospechosos de simpatizar con algunas de esas ideas. Tomeu Canyelles y Aina Ferrero-Horrach explican en el libro '**Bellver, prisión franquista**', que acaba de ser publicado, las condiciones en que vivieron allí centenares de reclusos políticos durante el tiempo en que mantuvo esa función.

Los autores han identificado, de momento, el paso por aquella **prisión de 750 personas**, de las que sólo conocen el origen de 344. De estas, dos eran ibicencos. Se trata de Vicent Marí Marí y de Joan Ripoll Escandell, encarcelados en los primeros compases de la **Guerra Civil**: el primero, el 13 de agosto; el segundo, una jornada antes. Vicent Marí fue puesto en libertad, pero no se supo nada más de él. Durante una época, se 'liberaban' presos en Bellver para hacer sitio, para aterrorizar o para liquidar a personas significadas políticamente. En el caso de Ripoll, consiguió sobrevivir a Bellver, pero finalmente murió en 1947 como consecuencia de las palizas que recibía periódicamente. De la última no se pudo volver a levantar.

Oficialmente, Bellver funcionó como prisión hasta el 15 de octubre de 1937, pero Ferrero-Horrach y Canyelles advierten de que existen numerosos testimonios orales de que siguió albergando reclusos hasta 1938 «e incluso durante los primeros meses de 1939».

Disponía de celdas normales (de 12 a 19, según la fuente), celdas de aislamiento (situadas en las diferentes torres), zonas para la guardia, cantina, capilla, letrinas (tres), duchas y patio. El hacinamiento llegó a ser de tal magnitud que se habilitó la cocina, situada en la planta superior, para recluir prisioneros. La falta de espacio en las celdas les **obligaba a dormir «por turnos»**, sobre esterillas, sacos gruesos repletos de paja como si fueran colchones, o incluso sobre el suelo.

## Parásitos, escasa higiene...

Repletos de parásitos, la higiene no era sencilla. Según un testimonio, había cuatro palanganas para que se lavaran 230 hombres. Y tenían que hacerlo deprisa. El plato que usaban para comer también lo empleaban para la higiene personal.

Las condiciones de vida eran aún peores en las torres, donde estaban las celdas de castigo. El socialista Alexandre Jaume (fusilado en 1937 junto a Emili Darder, último alcalde republicano de Palma y también preso en Bellver) describió su estancia allí durante 69 días, en los que estuvo incomunicado, como un tormento: «Una pena digna de figurar en el infierno de Dante», calificó en una carta.

## 'Liberados' desaparecidos

De los dos ibicencos que pasaron por Bellver, de Vicent Marí Marí nunca más se supo cuando fue liberado. Nacido en Eivissa, residía en el barrio de Son Espanyolet, como Joan Ripoll Escandell: «En el momento de su detención, trabajaba como operario de la brigada de trabajadores del **Ayuntamiento de Palma**». Después de haber ingresado en el castillo de Bellver como preso el 13 de agosto de 1936, «fue liberado en una fecha indeterminada, sin que se tuviera ninguna noticia más» de él. Su nombre consta en el listado de desaparecidos en el transcurso de la Guerra Civil, recuerdan los autores en el libro.

Precisamente, los autores indican que «para descongestionar aquella fortaleza, además de por la voluntad de establecer un mecanismo represor que infundiera temor a los reclusos para así garantizar su obediencia», se extrajeron sistemáticamente reclusos: «Bajo la apariencia oficial de liberaciones, en realidad era un método para asesinar de manera extraoficial a una gran cantidad de personas que acabaron siendo declaradas como desaparecidas». Se decía a las familias que habían sido puestos en libertad, pero nunca más sabían de ellos.

En Bellver desaparecieron 34 en 13 'sacas', de los cuales uno era ibicenco. Para descongestionar, a otros los enviaban a campos de trabajo o de concentración, como el de Formentera, donde morían, literalmente, de hambre y enfermedades.

Joan Ripoll Escandell, el otro ibicenco y residente en el barrio de Son Espanyolet (Palma), donde era conocido como *Juanito*, al menos salió con vida de Bellver, aunque por poco tiempo: «Era simpatizante socialista. Había trabajado en una barbería y en un bar (Triana), pero en el momento de su detención tenía una zapatería», indican Ferrero-Horrach y Canyelles. Ingresó en Bellver el 12 de agosto de 1936. Su hija, Isabel Ripoll Valenzuela, cuyo testimonio quedó recogido en el segundo volumen de '**Mujeres republicanas. Memoria de la Guerra Civil en Mallorca (1936-1939)**', contó cómo, poco antes de estallar la guerra, su progenitor vendió el bar y abrió «una zapatería muy moderna en la calle Heredero».

## Camino al «rincón de la muerte»

Unos guardias civiles le salvaron la vida en los primeros días de la Guerra Civil: «Se presentaron en casa: 'Juanito, ven con nosotros porque estás en la lista de los que tienen que matar hoy. Te dejaremos en el Castell [de Bellver] e intentaremos salvarte la vida. Vamos, vamos antes de que vengan a buscarte'. No habían pasado ni diez minutos, cuando un camión cargado de hombres se paró ante casa». Los que iban dentro serían fusilados «en el rincón de la muerte [...] del cementerio de Palma».

«Mi padre –contó Isabel Ripoll– era amigo de todo el mundo. Era un hombre que se hacía querer. Ayudaba a quién fuera [...] Estuvo en el castillo de Bellver y en un par de campos de concentración. A veces lo ponían en libertad, pero al cabo de una semana lo volvían a detener. Y así, entre entradas y salidas, estuvo retenido durante doce años». Le acusaban de ayudar a los presos y también de guardar armas: «Puedo jurar que nunca vi una sola arma en casa [...]». En la instrucción de su causa, datada en febrero de 1945, se asegura que Ripoll «ingresó en la organización clandestina del Partido Comunista, formando parte de una célula del mismo con la intención de conseguir la implantación del comunismo en España, a cuyo fin cotizaba y recaudaba fondos». **Le acusaron de rebelión militar.**

Durante el tiempo que estuvo en la prisión, «le dieron veinte palizas con una verga de buey, hasta dejarle tirado», contó su hija: «Un día, desahuciado, lo enviaron a casa [...] Lo cubrimos y no se volvió a levantar. El médico nos dijo que no tenía cura». Falleció en 1947, cuando se encontraba en régimen de libertad vigilada, «como consecuencia de los numerosos maltratos que había sufrido durante su estancia en las prisiones franquistas», subrayan los autores del libro.

## El día en que volvió a ondear la bandera republicana en Bellver

Ferrero-Horrach y Canyelles recuerdan cómo el 12 de octubre de 1936 se produjo «un punto de inflexión» en la breve pero intensa historia de aquella prisión. A falta de banderas rojigualdas, los nacionales teñían de rojo la parte morada de la republicana. Pero aquel día, la lluvia destiñó la parte inferior de la bandera que ondeaba en la torre del Homenaje del castillo, lo cual fue recibido con alegría por los presos, pero con cabreo por parte de los represores. Por la tarde se produjeron los primeros fusilamientos en Bellver: «Hasta entonces, supuestamente, no se había asesinado a ningún prisionero en la fortaleza. Pero desde esa jornada comenzaron a ser habituales los fusilamientos en las inmediaciones». Asesinaron a tres hombres «cogidos al azar»: Joan Vidal Sureda, Andreu Nicolau Matas y Josep Picornell Porcel.